
Reflexiones sobre el Orden Mundial

Presentación

No cabe duda de que el final del siglo XX es testigo de una verdadera conmoción tanto en el escenario de las naciones como en la propia esfera de la organización internacional. Los últimos acontecimientos mundiales tales como el final de la guerra fría, la reorganización política y económica de la mayoría de los países del Este, la unificación de los Estados Alemanes, el proyecto de una unidad económico-política en Europa, el conflicto exacerbado de los países de Oriente Medio, y el estado actual de las democracias occidentales, por mencionar algunos, son claros indicadores de que estamos presenciando un nuevo cambio en el mapa político internacional.

La revista de *Psicología Política* se hace eco de la problemática actual relacionada con las formulaciones políticas de una "reorganización mundial". Por ello, en este número se abre un foro de reflexión *Psicología Política y Orden Mundial*, en el que distintos científicos sociales exponen sus valoraciones personales sobre los últimos acontecimientos internacionales y las bases necesarias para un Orden internacional justo y democrático. Antes de presentar a los que colaboran en este número, debemos señalar el marco sociopolítico en el que deben situarse sus reflexiones.

Se está produciendo una proliferación creciente de reflexiones y diagnósticos sobre la configuración del Nuevo Orden Mundial que desde el poder político, los medios masivos de comunicación y el campo de las Ciencias se están realizando. Existen planteamientos muy diversos que van desde las reflexiones descriptivas que intentan comprender las claves de estos cambios hasta las reflexiones terapéuticas, que argumentan la necesidad imperiosa de intervención redirigiendo así la política mundial en la línea de lo que

desde el poder político y económico se considera necesario en un sistema democrático mundial. Dentro de estos modelos de terapia social existen posturas muy contrapuestas; mientras que en un polo habría que situar el modelo de intervención que aboga por la reorganización las unidades nacionales dentro de un Gobierno Global (los defensores de que los estados-nación como unidad política de funcionamiento es un sistema ya obsoleto y que no se corresponde con las nuevas condiciones a las que se enfrentan las sociedades actuales) hasta los modelos de intervención que defienden la necesidad de construir sistemas democráticos más directos en la política nacional que a su vez vayan acompañados de modelos de orden internacional en los que las autonomías nacionales queden garantizadas.

El debate sobre la necesidad de un nuevo ordenamiento político internacional, hasta ahora más o menos perteneciente al ámbito de la élite política, ha despertado otras fuerzas sociales: científicos, politólogos, sociólogos, militares, medios masivos de comunicación y la propia sensibilidad pública ante las violaciones de los derechos individuales y nacionales. Pero en dicho debate, se pueden destacar, al menos, dos interpretaciones con implicaciones muy diferentes. Un tipo de reflexiones interpretan los cambios políticos que se están produciendo como el principio del fin tanto del liderazgo mundial de las grandes potencias y, en consecuencia, los fenómenos mundiales últimos de los que somos testigos son, en parte, los intentos por configurar un nuevo orden mundial antes del final de tales liderazgos. Aquí pueden incorporarse aquellos que apoyan la tesis que el Nuevo Orden deben fundamentarse en el establecimiento de una "democracia internacional", donde las unidades políticas de decisión y acción sean naciones autónomas y donde no exista un liderazgo representado por una gran potencia, sino por muchas y, desde luego, organizadas en pequeños núcleos de poder, operando en distintos niveles de decisión. Otro conjunto de reflexiones apuntan a que nos enfrentamos a realidades objetivas: desde la explosión demográfica y consecuentemente un cambio de poder y fuerza -aunque sólo sea por número- de las potencias occidentales hacia zonas tercermundistas, la crisis en la disponibilidad de recursos que lleva a "negociaciones sobre su distribución", el deterioro del ambiente y destrucción de recursos de subsistencia que exigen soluciones que traspasan la independencia de las naciones, etc., hasta las formulaciones políticas de que los Estados-Nación son sistemas de funcionamiento político que fueron adecuados en el surgimiento de la sociedad industrial, pero que hoy paralizan y obstaculizan la consolidación y desarrollo de las sociedades

postindustriales. Cambios internacionales de fuerza, crisis de recursos económicos y modelos políticos anticuados obligan a un replanteamiento del Orden Internacional existente. En definitiva, son, en parte, aquellas posturas que plantean la necesidad de una democracia internacional pero regulada, dirigida y controlada por algún tipo de liderazgo.

Toda esta polémica no es ajena a los psicólogos políticos ni lo ha sido tampoco desde que se iniciara al final de los setenta cuando, desde campos científicos distintos, se empezó a hablar de "futuros mundos posibles", de "educación para la paz", se polemizaba sobre las relaciones entre democracia, conflictos bélicos internacionales y actitudes nacionalistas versus internacionalistas de los ciudadanos y de sus naciones, por citar algún ejemplo.

La revista *Psicología Política* no quiere ser ajena a este debate que invade hoy los medios masivos de comunicación, la vida políticosocial de las Naciones y las Organizaciones Internacionales, y la sensibilidad ciudadana. Más aún, los últimos acontecimientos mundiales nos obligan a abandonar la retórica científico-académica y exige una reflexión crítica desde el conocimiento que tenemos de las realidades psicológicas (individuales y colectivas). Por ello, nos ha parecido importante abrir esta sección de reflexiones sobre *Psicología Política y Orden Mundial* en la que participan cuatro especialistas de distintos campos de las ciencias sociales. A todos ellos se les planteó la posibilidad de que en pocas páginas expusieran desde un punto de vista personal -no desde un análisis técnico- su valoración e interpretación tanto de los últimos acontecimientos bélicos internacionales como su visión sobre la formulación de un Orden Mundial y formas alternativas de organización internacional.

M. Brewster Smith

Profesor emérito de Psicología en la Universidad de California, Santa Cruz. Ha sido profesor en la Universidad de California, Berkeley, en la Universidad de Chicago y en la de Nueva York, así como presidente de la *American Psychological Association*. Perteneció al Consejo Asesor de *Psicología Política*.

Ronald C. Dillehay

Profesor de Psicología y Decano Asociado de la Escuela Graduada, en la Universidad de Nevada. Ha sido profesor en las Universidades de California, Texas y Kentucky. Fue director asociado de *Political Behavior* y es director asociado de *Psicología Política*.

Julio Seoane

Catedrático de Psicología Social en la Universidad de Valencia. Previamente desempeñó la Cátedra de Psicología General en la Universidad de Santiago. Es director de *Boletín de Psicología* y director asociado de *Psicología Política*.

Gianfranco Pasquino

Profesor regular de Ciencia Política en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad de Bolonia (Italia) y profesor adjunto de Ciencia Política en el *Center Bologna* de la Universidad Johns Hopkins. Desde 1983 es Senador de la *Sinistra Idipendente* y miembro de la *Commissione Affari Costituzionali*. Es codirector de la revista italiana *Polis*.

Adela Garzón

PSICOLOGÍA POLITICA Y ORDEN MUNDIAL

M. Brewster Smith

Universidad de California, Santa Cruz

Para un psicólogo americano profundamente comprometido con la paz, el final de la Guerra del Golfo Pérsico es un momento único para responder al desafío de comentar en qué puede contribuir la psicología política al orden mundial. El mundo actual contrasta con fuerza con nuestras esperanzas de hace un año. Entonces nos alegrábamos del final de la Guerra Fría entre Soviéticos y Americanos. Celebrábamos la caída del Muro de Berlín; estábamos felices por la *glasnost* y la *perestroika* en la Unión Soviética y las perspectivas de democratización y de liberación de la Europa del Este. Una nueva época parecía comenzar, aunque nos decíamos a nosotros mismos (interpretado el "nosotros" a cualquier nivel) que nos enfrentábamos a tareas muy difíciles antes de que nuestras esperanzas pudiesen realizarse en una paz con justicia. Aún intentando limitar nuestro optimismo, nadie podría haber imaginado desde los acontecimientos del pasado año que veríamos el colapso súbito del comunismo en el Este de Europa y la reunificación de Alemania. Fue una experiencia ambivalente de esperanzas y desalientos. En consecuencia, me parece un ejercicio personalmente terapéutico considerar lo que podemos aprender de los sorprendentes acontecimientos de 1990-91 y, después de un breve repaso, reconsiderar los recursos de la psicología política, que no pronosticó ninguno de estos acontecimientos y que podría descartarse como una empresa inútil.

Bajo mi punto de vista, hay dos características de los acontecimientos recientes que destacan especialmente. Una es la inoportuna vitalidad del nacionalismo. Una vez que se levantó la tapa de la opresión soviética, las nacionalidades incorporadas en el viejo imperio Ruso y en el más nuevo Soviético, desde el Báltico al Cáucaso y al Asia Central, se lanzaron a una compe-

tición de reivindicaciones, con frecuencia violentas, de autonomía. En Europa del Este, la integridad de los estados creados por los compromisos de Versalles y resucitados después de la II Guerra Mundial, se ve desafiada por el renacimiento de los antagonismos y rivalidades de los viejos Balcanes. Después de la II Guerra Mundial, yo tenía fundadas esperanzas de que el nacionalismo sería sustituido por unas identificaciones internacionalistas más amplias. Sin embargo, está muy vivo y es una fuente continua de problemas. La aparición de conflictos tribales en Sur Africa cuando comenzó a relajarse la presión de los blancos dominantes, pertenece a la misma categoría; al igual que los eternos conflictos entre Israel y los Palestinos, entre Católicos y Protestantes en Irlanda, y entre los Siitas y los Sunni. Necesitamos conseguir una comprensión clara de la psicología del nacionalismo y de los conflictos étnicos y religiosos, incluyendo estrategias para suavizarlos y limitarlos.

La otra característica importante es el comportamiento de los americanos, que se dividieron antes de que comenzara el combate real en el Golfo, y se reunieron entusiásticamente alrededor del liderazgo del Presidente Bush cuando comenzaron las hostilidades. Nuestra enérgica recuperación del "síndrome de Vietnam" que observaron los analistas después del alto el fuego, ha convertido el liderazgo del Partido Demócrata en un movimiento de paz inseguro y tambaleante, cuando previamente era sustancial. Yo escribo como ciudadano que dio la bienvenida a las sanciones de las Naciones Unidas contra Irak, deseó que continuaran, y se opuso a la determinación evidente de Bush para resolver el asunto por la fuerza de las armas. Como la mayoría de nosotros, me sorprendió alegremente la rápida victoria, y me agradó el muy bajo costo de vidas americanas, pero también me aterró la destrucción de vidas y del mundo de Irak y Kuwait. Y cuando escribo esto a primeros de Marzo de 1991, no creo que la victoria militar contribuya en mucho a solucionar los problemas del Oriente Medio.

Existía un fuerte consenso nacional, tras del logrado intento de Bush de obtener apoyo de las Naciones Unidas, para la retirada de Irak de Kuwait, con la sanción de un boicot. La opinión americana comenzó a dividirse cuando se hizo más evidente que Bush estaba llevando a los EEUU a una opción militar. Mientras que los resultados de las encuestas de opinión mostraban una clara mayoría que apoyaba el uso de las armas si Saddam Hussein no cumplía la fecha tope para la retirada del día 15 de Enero, una mayoría de mujeres y alrededor de un tercio de los hombres preferían continuar con las sanciones económicas. El voto fuertemente dividido del Congreso en el apo-

yo de la política del Presidente reflejaba las considerables dudas del público en general. Una vez que comenzó el bombardeo, el pueblo americano se reunió inmediatamente alrededor de la bandera, apoyando la guerra cerca de un 80%. Los líderes políticos que previamente se habían opuesto a la iniciación de una acción militar llegaron a correr un serio riesgo político.

Desde un punto de vista histórico, esta consolidación de un patriotismo beligerante no resulta sorprendente, pero sí es una desilusión para la defensa de la paz y reclama análisis psicológico, sobre todo cuando el humor nacional es de felicitarse como ocurre ahora. ¿Es esta guerra "afortunada", de alta tecnología, el modelo de participación de Estados Unidos para la creación de un "nuevo orden mundial"?

La recurrencia de la guerra con su acompañamiento de patriotismo al ondear las banderas, cuando muchos americanos estaban deseando un "dividendo de paz" al final de la Guerra Fría plantea, o debería plantear, una cuestión que muchos de nosotros pensábamos estaba decidida: ¿la tendencia a la guerra está arraigada en la naturaleza humana? Un grupo interdisciplinario de la *International Society for the Study of Aggression* se reunió en Sevilla, España, en Mayo de 1986, emitió un manifiesto negando la base evolutiva o genética de la violencia, defendiendo el punto de vista de que el "mito" de que la guerra está biológicamente fundamentada es un obstáculo para la paz. La Declaración de Sevilla tuvo mucha publicidad y mucho apoyo, incluyendo a la UNESCO en 1989 y fue respaldada por la *American Psychological Association* y muchas otras sociedades nacionales y académicas. Yo defendí su promulgación, porque veo una gran diferencia entre la violencia de la guerra, burocráticamente organizada, entre naciones y la agresión individualmente motivada.

Pero pienso que es bastante posible que el largo tiempo de evolución humana a través de la caza y la conquista pueden haber dotado a la humanidad de problemáticas tendencias al margen de la agresividad, que pueden predisponernos a la guerra, una vez que se ha producido la aparición histórica de los estados-nación, a menos que encontremos la forma de anularlas. La persistencia de un desenfrenado nacionalismo, tribalismo, etnocentrismo y de fundamentalismo religioso intolerante me hacen cuestionar, no algún instinto supuestamente agresivo, sino la tendencia igualmente perniciosa de concebir el mundo dividido en endogrupo y exogrupo, valorando el primero y devaluando el segundo. Henri Tajfel (1981) y otros psicólogos sociales han dejado claro en que medida está incorporado en nuestro pensamiento la dinámica

de la categorización social. Esta tendencia, tan problemática actualmente, puede haber tenido ventajas selectivas en la prehistoria de la humanidad. Pero si la tendencia está incorporada en nuestra biología, convierte a la guerra en inevitable. Pero la incidencia política y la inventiva cultural pueden utilizarse para contraatacar este aspecto de nuestro Viejo Adán.

Necesitamos comprender nuestra facilidad para deshumanizar los exogrupos, si queremos mantener la esperanza de un orden pacífico en un mundo reducido de creciente interdependencia. De la bibliografía psicológica actual en lengua inglesa, me impresionan cuatro grandes publicaciones que resumen una gran parte de lo que sabemos como psicólogos y que nos ayudan a comprender las amenazas al orden mundial. Una es el tratamiento de las raíces psicológicas del genocidio y de otras violencias de grupo de Ervin Staub (1989), un clásico de la interpretación social que trata como experto una gran parte de la investigación y teoría psicológica relacionada con el tema. Otro es el análisis de los "crímenes de obediencia" de Kelman y Hamilton (1989), la psicología de la conformidad inmoral y de la responsabilidad moral. El tercero es *Crucial Decisions* (1989) de Irving Janis, que analiza las características de la manipulación buena y mala de las crisis en las relaciones internacionales. Y finalmente hago referencia al interesante tratamiento de Bob Altemeyer (1988) sobre el autoritarismo de derechas, un rasgo políticamente importante que ha sido rescatado del olvido en que cayeron los estudios de Berkeley sobre *The Authoritarian Personality* (Adorno et al., 1950).

Aunque pienso que los psicólogos sociales pueden haber infravalorado algunos obstáculos de la naturaleza humana para alcanzar el orden mundial, probablemente comprendemos mejor las fuentes del *desorden* que el procedimiento para conseguir la paz. Otros psicólogos, especialmente Herbert Kelman, Jeffrey Rubin y Dean Pruitt, están en estrecho contacto con la especialidad de resolución de conflictos y con la negociación formal e informal. Creo personalmente que, aunque necesitamos mucho más conocimiento y todavía pueden surgir múltiples contribuciones útiles de la psicología (Smith, 1986; White, 1986) y de las demás ciencias sociales, los obstáculos básicos son políticos y no la carencia de conocimientos. En consecuencia, quisiera animar a los psicólogos que están interesados en los temas de paz -y todos lo estamos- a participar activamente como ciudadanos en la defensa de una política democrática que proporcione una mayor prioridad a la paz con justicia en un mundo sostenible. La amenaza inmediata del holocausto nuclear se

ha desvanecido, pero un orden mundial justo y pacífico parece tan difícil de conseguir como lo fue siempre.

Referencias

- Adorno, T.W. et al. (1950): *The Authoritarian Personality*. New York: Harper
- Altemeyer, B. (1988): *Enemies of Freedom. Understanding right-wing authoritarianism*. San Francisco, CA: Jossey-Bas
- Janis, I.L. (1989): *Crucial Decisions. Leadership in policy-making and crisis management*. New York: Free Press
- Kelman, H.C.-Hamilton, V.L. (1989): *Crimes of Obedience. Toward a social psychology of authority and responsibility*. New Haven, CT: Yale University Press.
- Smith, M.B. (1986): War, peace and psychology. *Journal of Social Issues*, 42 (4), 23-38.
- Staub, E. (1989): *The roots of evil. The origins of genocide and other group violence*. New York: Cambridge University Press.
- Tajfel, H. (1981): *Human groups and social categories. Studies in social psychology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- White, R.K. (Ed) (1986): *Psychology and the prevention of nuclear war*. New York and London: New York University Press.
- Psicología Política, Nº 2, 1991, 71-76

EL NUEVO ORDEN MUNDIAL o sobre el panteísmo democrático

Julio Seoane

Universidad de Valencia

Puesto que este debate se plantea desde el punto de vista de la reflexión personal, espero que no esté fuera de lugar orientar mi aportación hacia el terreno de las preguntas más que a la posesión de las respuestas. Y es que ciertamente se echa de menos en la actualidad un buen repertorio de interrogantes sobre el significado, más o menos aproximado, del concepto de «nuevo orden mundial». Con frecuencia aparece asociado a una paz mundial y, bajo ese punto de vista, cualquier duda semántica queda relegada ante tan noble propósito; pero tiene también otras compañías más dudosas, como por ejemplo gobierno mundial, ordenamiento internacional, hegemonía de unos países o de unas organizaciones sobre otras, cultura global, etc. Cualquiera de estas últimas acepciones merece una reflexión muy cuidadosa, antes de que nos invada el júbilo. Pues bien, en términos generales, se habla mucho más sobre cuál es el mejor camino para establecer el orden mundial que sobre sus ventajas e inconvenientes; se está convirtiendo en una creencia básica.

Por otro lado, la puesta en escena del asunto se realiza en los momentos en que se desencadena una guerra, lo cual podría ser no intencionado, pero no deja de ser significativo; se nos presenta primero el tema o argumento y luego la película de guerra. Aún en el supuesto de que esta asociación no sea real, resultará difícil que los espectadores recuerden la tesis sin relacionarla con el guión. El Nuevo Mundo propone un Nuevo Orden respaldado por la

fuerza de las armas. ¿Quizá resulta demasiado rebuscada esta interpretación de los hechos? Posiblemente, pero entonces debemos reconocer al menos la poca sensibilidad política y social que se manifestó en la presentación de la idea, máxime cuando el final de la guerra hizo aflorar una vez más manifestaciones generales de patriotismo, de victoria y de superioridad de culturas, todas ellas muy poco afines al espíritu de internacionalismo o, si se prefiere ahora, de globalismo que se supone pretende contener el nuevo orden.

Alguna justificación puede encontrarse en esta sensación de fin de siglo que parece invadir a nuestra cultura, vagamente arropada por un más tímido fin de milenio. Y nada se debe decir en contra de las celebraciones o de un cierto espíritu dionisiaco, pues este siempre es propenso a la creatividad, pero tampoco es bueno el exceso de colorido o de los fuegos de artificio, porque produce confusión en las mentes y así oficiantes y televidentes pueden no diferenciar entre una batalla cruel y la fiesta nacional. En cualquier caso, tampoco es conveniente para una clarificación intelectual del tema atribuirle una excesiva novedad; la necesidad de un «nuevo orden» para enfrentarse a los problemas sociales, políticos y económicos tiene multitud de antecedentes históricos, y no todos son excesivamente reconfortantes. Se recurre con frecuencia en estos días al respaldo intelectual de Kant para justificar un gobierno mundial, y es un antecedente lícito y digno de atención; pero resulta extraño que casi no se mencionen otras fuentes más cercanas al origen de nuestras circunstancias actuales, como por ejemplo las docenas de organizaciones e instituciones que desde los años 70 (y algunas bastante antes) se dedican exclusivamente al estudio y al diseño de mundos futuros o posibles escenarios futuros como por ejemplo, por citar sólo uno, el *World Order Models Project* (véase Falk, 1975). ¿Qué ocurre con la inmensa cantidad de informes que han generado, y en qué medida influyen o han influido en la mentalidad de nuestros políticos? Es muy posible que el conocimiento de esta cuestión nos proporcionara claves importantes para la comprensión del posible orden mundial.

Otro interrogante distinto, más delicado y complejo que los anteriores, hace referencia a la confianza que los hombres han adquirido en los últimos dos siglos sobre su competencia racional, sobre su capacidad para enfrentarse a los hechos, juzgar correctamente y elegir con sabiduría; en definitiva, su fe en el "contrato social", sólido fundamento de cualquier orden mundial de la actualidad. Ni que decir tiene que esa confianza está ampliamente cimentada en los logros políticos y sociales alcanzados hasta la actualidad, pero eso no

anula por completo la sospecha de que también existen otros factores diferentes que influyen en el comportamiento de los pueblos. La tradición intelectual europea ha distinguido con frecuencia entre las relaciones sociales basadas en el poder o el contrato y las relaciones sociales propias de la comunidad cultural primaria; la diferencia estriba en la importancia relativa que se le concede a cada uno de ambos tipos. Töniés (1887), por ejemplo, distinguía entre *Wesenwille* (voluntad natural) y *Kürwille* (voluntad racional), fundamento respectivamente de la comunidad (*Gemeinschaft*) y de la sociedad (*Gesellschaft*); otros muchos autores de nuestra herencia cultural realizan distinciones análogas o paralelas, como Max Weber o, más próximo a la psicología, el propio W. Wundt en la *Psicología de los Pueblos* (véase Farr, 1983; Danziger, 1983). Tener más esperanzas en el "contrato" está plenamente justificado hoy por hoy, pero negar la existencia del otro factor de la ecuación, por mínimo que sea, puede tener consecuencias nefastas; entre las menos graves, estaría la construcción apresurada de teorías psicológicas y sociales poco convincentes para explicar el resurgimiento de los nacionalismos en Europa. ¿Hasta qué punto se cuenta con este componente en el nuevo orden mundial?

Y es que «el hombre que habita en países democráticos no observa ante él más que a seres casi semejantes; no puede, por lo tanto, pensar en una parte de la especie humana sin que su pensamiento se amplíe y se dilate hasta abarcar el conjunto. Le parece que todas las verdades aplicables a él mismo pueden aplicarse igualmente o del mismo modo a cada uno de sus conciudadanos y de sus semejantes». La cita es de Tocqueville (1835), defensor de la democracia como filosofía social y como ética, y espíritu atento a los peligros y sesgos que pudieran perjudicarla. La tendencia perversa hacia las ideas generales, a intentar abarcar el conjunto de los seres humanos, a aplicar e imponer nuestras ideas a los demás, es uno de los componentes importantes de lo que en nuestros días recibe el nombre de fundamentalismo; y esa inclinación es incompatible con un pensamiento democrático. Sin embargo, existen algunos elementos de nuestra herencia cultural que nos empujan hacia el orden global; la igualdad comienza a penetrar por la Iglesia, dicen los clásicos, y ciertamente el cristianismo siempre ha tenido una especial relación con la democracia (Inglehart, 1990), al margen de la polémica Weberiana entre protestantes y católicos. El sesgo *urbi et orbi* de nuestra cultura cristiana puede no ser del todo ajeno a nuestras inclinaciones globalistas.

La tendencia hacia la unificación es un legado que seduce de modo intermitente una buena parte del pensamiento occidental; a principios de nuestro siglo la ciencia quedó fascinada por esta tentación. Austria, Alemania y Polonia vieron surgir el intento del orden científico mundial, cuando la verdad de la ciencia se convirtió en universal a través del Positivismo Lógico y de su *International Encyclopedia of Unified Science* (Neurath et al., 1938). Con el tiempo, el científico (el documento humano de Nietzsche) se convirtió en un trabajador de la ciencia (el hombre herramienta), pero esta socialización de la verdad científica no significó en absoluto una merma del impulso universal, sino todo lo contrario. «La idea de una unidad del género humano sugiere una y otra vez la idea de la unidad del Creador; por el contrario, hombres separados y muy desiguales tienden a darse naturalmente tantas divinidades como hay pueblos, castas y familias, y a trazarse mil caminos particulares para llegar al cielo» (Tocqueville, 1835); en tiempos democráticos, continúa diciendo más adelante, la idea de unidad se convierte en una obsesión y el panteísmo en la filosofía más seductora; esto es lo que configura el síndrome del panteísmo democrático. En resumen, el dilema se plantea sobre si debemos ser fieles o desleales a nuestra herencia cultural; de otra manera, tenemos que plantearnos qué es más democrático: la multiplicidad de dioses o el panteísmo.

Se dice que las últimas décadas han significado el agotamiento de la modernidad; Baudrillard se atreve a realizar un diagnóstico: «Ha habido una orgía total, de lo real, de lo racional, de lo sexual, de la crítica y de la anticrítica, del crecimiento y de la crisis de crecimiento. Hemos recorrido todos los caminos de la producción y de la superproducción virtual de objetos, de signos, de mensajes, de ideologías, de placeres. Hoy todo está liberado, las cartas están echadas y nos reencontramos colectivamente ante la pregunta crucial, ¿qué hacer después de la orgía?» (Baudrillard, 1990). Su pronóstico es que ya sólo podemos simular la orgía y la liberación; pero cualquier futuro es posible como, por ejemplo, un intento de reinstaurar lo ascético y lo ordenado. De hecho, existen indicios en los medios de comunicación y en nuestra sociedad en general de un cierto pensamiento desiderativo de perfección o, si se prefiere, de mecanismos ego-perfectivos, por emplear en ambos casos terminología psicoanalítica; la salud, el cuidado del cuerpo, la calidad de vida, los estilos simples de vida, la independencia afectiva, la moderación ecológica, no son precisamente los componentes básicos de ninguna orgía de liberación (Seoane y Garzón, 1989). Por el contrario, se insinúa de nuevo la

aparición de los universales de obligado cumplimiento, los universales de la ética, del comportamiento, de los derechos humanos. Muchos fantasmas han recorrido Europa, pero el fantasma del comunismo fue el mayor portavoz del internacionalismo y universalismo simbolizado en el proletariado, frente a las diferencias y particularismos culturales del otro bloque; ahora que el comunismo tiende a desvanecerse parece que nos transmite el testigo de lo universal.

El nuevo orden mundial plantea muchos interrogantes que será necesario examinar con una gran delicadeza intelectual, social y política; sin embargo, es necesario reconocer que existen gran cantidad de factores que nos empujan hacia él. Posiblemente sea necesario, quizá inevitable, pero en cualquier caso no parece conveniente ofrecerle una bienvenida sin condiciones. La psicología, la sociología, las ciencias políticas, las ciencias sociales en general, deberán afrontar el reto de su análisis y sus repercusiones, aunque el impacto real de este trabajo sea dudoso. No es probable que las ciencias sociales sean protagonistas en el advenimiento del nuevo orden mundial pero, imitando la actitud de un personaje de Umberto Eco en *El Péndulo de Foucault*, si no son protagonistas por lo menos que sean espectadoras inteligentes.

Referencias

- Baudrillard, J. (1990): *La Transparence du Mal Essai sur les phénomènes extrêmes*. Paris: Editions Galilée
- Dazinger, K. (1983): Origins and basis principles of Wundt's Völkerpsychologie. *British Journal of Social Psychology*, 22, 4, 1983
- Falk, R.A. (1975): *A Study of Future Worlds*. New York: Free Press
- Farr, R.M. (1983): Wilhelm Wundt (1832-1920) and the origins of psychology as an experimental and social science. *British Journal of Social Psychology*, 22, 4, 1983
- Inglehart, R. (1990): *Culture Shift in Advanced Industrial Society*. New Jersey: Princeton University Press

Neurath,O.-Carnap,R.-Morris,C.(Eds)(1938): *International Encyclopedia of Unified Science*. The University of Chicaho Press

Tocqueville,A.(1835-1840): *La Democracia en América*. Madrid: Sarpe, 1984

Tönies,F.(1887): *Gemeinschaft und Gesellscahft*. Trad. al inglés en Michigan Sate University Press, 1957

Seoane,J.-Garzón,A.(1989): Creencias Sociales Contemporáneas. *Boletín de Psicología*, 22, Marzo 1989

Psicología Política, Nº 2, 1991, 77-81

PSICOLOGÍA POLITICA Y ORDEN MUNDIAL

R.C. Dillehay

Universidad de Nevada, Reno

En el momento de escribir este artículo, acabamos de ser testigos de otra guerra, de una duración relativamente corta, con armas muy sofisticadas, y con pocos muertos y heridos militares de un bando, pero con pérdidas civiles y militares del otro que no están completamente reflejadas.

Todas las naciones poderosas del mundo, y muchas si no todas de las demás, se vieron afectadas por esta guerra. Y por supuesto, las Naciones Unidas jugaron un papel importante en los sucesos que la desencadenaron. Un aspecto de la guerra del Golfo Pérsico que llamó la atención fue el nivel de tecnología desarrollado tanto en la preparación para combatir como en el propio conflicto militar. Y también fueron asombrosos los medios televisivos informando sobre los preparativos y el combate. Millones de personas en todas partes del mundo vieron en la televisión el momento en que un misil destruía a otro, y observaron los ataques quirúrgicos con bombas inteligentes, y más todavía. Se le ofrecían también a las audiencias de televisión las imágenes sobre importantes aplicaciones médicas, listas para administrar a los heridos. Tales facilidades incluían la administración de drogas milagrosas - como la recién aprobada Centoxin, que evitará millones de muertos por choque séptico. Esta guerra nos demostró de nuevo el alto nivel tecnológico que hemos alcanzado. ¿Hemos conseguido tanto en el ámbito social y político? Claro que no. Mientras que las hazañas técnicas ocupaban nuestra atención, se nos escapaba el hecho de que se originó la guerra mediante realidades

socioculturales, como siempre ocurrió en las guerras anteriores. Las creencias de los hombres y las mujeres, sus valores, preferencias y motivos jugaron su papel, al igual que los poderosos grupos de intereses dentro de las naciones y que las relaciones internacionales de poder y dependencia, de apoyo y oposición. Algunos de estos temas se ubican dentro del campo de la psicología política.

Como ciencia, la psicología política es una disciplina en busca del conocimiento y la comprensión de una cierta variedad de temas, que incluyen el comportamiento de voto y las preferencias sociales, la afiliación a partidos políticos, la negociación política, el activismo político y el comportamiento psicológico, por señalar sólo algunos. El alcance adecuado de esta búsqueda depende de como se defina el campo de la psicología política (véase Seoane y Rodríguez, 1988). Para mí, la característica esencial es la relación entre el individuo -su percepción, pensamiento, sentimiento y comportamiento- por un lado, y el proceso y la estructura política, por otro.

Una parte de la psicología política cae dentro del campo tradicional de la psicología social: percepción social, actitudes, valores, personalidad y comportamiento, en la medida en que se relacionan con los procesos políticos y la estructura política. Un historiador dijo recientemente en la televisión nacional que los Americanos necesitaban esta victoria para sentirse bien consigo mismo. Espero que esto no sea cierto, pero la psicología política debe informarnos sobre tales actitudes públicas.

Un segundo enfoque es el de cognición política (véase Lau y Sears, 1986), estimulado en gran parte por su interés en la teoría de la elección racional como alternativa a la identificación con el partido político y con las circunstancias sociales, como explicación del comportamiento político individual, por lo menos tal y como se ha desarrollado en Estados Unidos. Si admitimos que para contribuir al orden mundial se requiere un conocimiento útil, podríamos preguntarnos: ¿nos permite el conocimiento actual realizar intervenciones psicológicas y sociales que tengan consecuencias políticas prácticas? Permítanme citar dos ejemplos.

Las técnicas de encuesta se han desarrollado hasta un nivel que cuando se utilizan correctamente es posible predecir los resultados de las elecciones con mucha precisión. Además, por medio de las técnicas de encuesta se puede determinar la opinión pública para orientar la estrategia de la campaña

política, principalmente la selección de posturas públicas a mantener y la imagen deseable, con efectos importantes sobre el comportamiento de voto. Debe observarse que en este ejemplo las técnicas se utilizan para orientar la conducta del candidato modificando lo necesario para obtener votos, en lugar de cambiar lo que desea el público.

Otra área de conocimiento útil a partir de las investigaciones realizadas es la del autoritarismo. Con toda la polémica que rodea a este concepto, sin embargo se puede defender razonablemente que una combinación de creencias conservadoras y una dependencia generalizada de las autoridades convencionales produce un síndrome de derechas con importantes repercusiones. Es conveniente que aquellos que tienen responsabilidades políticas o los que desean que el público acepte determinados puntos de vista, tengan en cuenta que este síndrome es importante. En este caso, como en muchos otros siempre que se trate de aplicaciones prácticas, es necesario atender a la complejidad de las circunstancias.

La psicología política sólo se preocupa de una parte de la conducta humana en relación con el orden mundial, aquella que tiene como unidad de análisis a los individuos y a los pequeños grupos. No cabe duda de que otros aspectos también son importantes para el panorama global: economía, sistemas políticos nacionales, factores históricos y otros muchos en el plano supra-individual. ¿Podemos reducirlos en última instancia al comportamiento, pensamiento o sentimiento individual? Creo que no. Pero hay mucho que decir sobre las variables individuales en cualquier sistema político o estructura económica.

Cada vez me parecen más importantes las tendencias del público para el escenario global. Con la creciente democratización de las naciones, cada vez es más importante el apoyo público a los líderes y a sus programas, y la influencia recíproca entre las figuras políticas y el pueblo tienen cada vez más importancia para la paz mundial. Por un lado, se encuentra el liderazgo, mediante el cual los individuos poderosos influyen sobre los sentimientos del público; la influencia complementaria fluye del público hacia los líderes. A un psicólogo que haya observado el proceso político presidencial americano, durante los últimos años, le parecerá que existe una pobreza de liderazgo y un excesivo recurso a los sentimientos -con frecuencia al miedo y a la antipatía- del pueblo como mecanismo para obtener apoyo. Así ocurre que un can-

didato presidencial, en una época en que los problemas del mundo reclaman nuestra atención y exigen un análisis inteligente y serio, otorga mayor importancia y presta más atención al hecho de ser partidario de la pena de muerte, cuando se sabe que la población americana se manifiesta a favor en casi un 80%. Otras simplificaciones y tergiversaciones de los problemas serios - incluyendo los impuestos, programas sociales y relaciones internacionales- se deben al papel que juega la televisión en las campañas, con su habitual tratamiento de los temas políticos en fracciones de minuto. Además, algunas investigaciones demuestran que la televisión, en comparación con otros medios, obstaculiza el pensamiento de las audiencias, y los resultados de las investigaciones de Tetlock (1989) y de otros revelan que la simplificación cognitiva es una característica de las posturas radicales. La psicología política debe contribuir a explicar estos procesos de influencia porque son los que configuran el liderazgo nacional y la toma de posturas en las relaciones internacionales.

Relacionado con lo anterior, debemos considerar a los líderes como individuos, con sus disposiciones, estilos de decisión y sus influencias personales sobre los líderes de otras naciones. La psicohistoria puede ayudarnos en este campo (véase Garzón, 1988). Mientras buscamos la comprensión teórica de estos campos, es necesario estar atento a los acontecimientos prácticos del mundo, porque para que el entendimiento teórico sea útil tiene que ser aplicado en función de estas circunstancias prácticas.

¿Cuál debe ser la contribución de los psicólogos políticos al esfuerzo por el orden mundial? Tenemos que realizar diversos papeles. No todos estarán dispuestos o preparados para hacerlo todo, desde el desarrollo de conocimiento nuevo, pasando por la interpretación de las distintas audiencias, hasta la aplicación a temas prácticos. Pero cada uno de nosotros debemos actuar en alguno de los papeles, y así la psicología política podrá contribuir a un mejor orden mundial. Que el orden mundial sea beneficioso para todos depende de que las metas u objetivos se basen en la dignidad y el valor de los seres humanos, una elección que cae fuera del campo de la ciencia, pero en la que podrían insistir los psicólogos políticos como ciudadanos de un mundo cada vez más pequeño.

Referencias

- Garzón,A.(1988): Psicohistoria y Psicología Política. En J. Seoane y A. Rodríguez (Eds.): *Psicología Política*.
Madrid: Ediciones Pirámide.
- Lau,R.R.-Sears,D.O.(Eds.)(1986): *Political cognition*.
Nueva York: Lawrence Erlbaum.
- Seoane,J.-Rodríguez,A.(Eds.)(1988): *Psicología Política*.
Madrid: Ediciones Pirámide.
- Tetlock,P.E.(1989): Structure and Function in Political Belief Systems.
En A.R . Pratkanis, S.J.Breckler y A.G.Greenwald (Eds.): *Attitude structure and function*.
Hillsdale, N.J.: Lawrence Erlbaum.

MICRODEMOCRACIA Y MACRODEMOCRACIA *

G. Pasquino

Centro de Bolonia

Universidad Johns Hopkins

La democracia, como ideal, como sistema de normas, como instrumento para el autogobierno de las personas, está atravesando una fase de cambios acelerados. Ante estos cambios se puede adoptar una posición escéptica o crítica, o bien una actitud acríticamente optimista o de expectativa favorable. Desde esta última actitud, parece aconsejable detenernos sobre algunos aspectos de la dinámica y del dinamismo de la democracia en el mundo contemporáneo. Existe un rasgo que caracteriza a todas las democracias y a todos los procesos democráticos cual es el de la permanente capacidad de los regímenes y de los actores democráticos de cambiar, de adaptarse y de reformarse. Desde este punto de vista la democracia es el sistema autorregulado por excelencia. Además la democracia en momentos de tensiones o de crisis, aunque no sea este el momento histórico que atravesamos, refleja fielmente, y por consiguiente democráticamente, su dinámica interna, sus problemas y sus dificultades. Es tarea (o deber) actual concretar, prever y apuntar cuales sean los cambios positivos que están ocurriendo, a fin de facilitarlos y de llevarlos a feliz termino. Naturalmente, los puntos de vista que pueden utilizarse sobre lo que está sucediendo son muy variados.

Sin entrar en el análisis de casos específicos, es posible adoptar un punto de vista que arranque tanto desde abajo como desde arriba; bien desde la micro como desde la macrodemocracia. Si se parte desde abajo, el primer

aspecto a aclarar y analizar se refiere esencialmente a los derechos de los ciudadanos. No hay duda (pues todos -o casi todos- somos hoy plenamente conscientes) que la democracia, en el interior de determinadas fronteras, se instaura y se consolida solamente cuando frente al poder político (y además frente al poder económico, social, cultural) los *derechos de los ciudadanos* sean reconocidos, respetados, protegidos, hechos valer y, en fin, aumentados y ampliados. El desarrollo histórico experimentado en los sistemas políticos occidentales ha constatado un cambio doloroso desde los derechos humanos y civiles a los derechos políticos, desde los derechos sociales a los derechos económicos. En todo el mundo y en todo momento existen individuos que, hoy como ayer y como mañana, combaten por obtener, proteger, ampliar sus derechos, los de sus conciudadanos y los de sus descendientes, por una vida digna de ser vivida, por una política respetuosa para los individuos y para los grupos, por una participación real sin privilegios y, en concreto, sin discriminaciones para todos aquellos que tengan determinadas características definidas frecuentemente en base a la ciudadanía (concepto, por otro lado, tan importante como evanescente y cambiante).

Igualmente sabemos que estos derechos de los ciudadanos no están garantizados de una vez para siempre. Deben, por el contrario, ser defendidos y (si bien de forma diferente) casi reconquistados por cada generación. Además la pérdida o la limitación de algunos de estos derechos incide también sobre los otros derechos. Así, privar a un grupo de personas de sus derechos sociales y económicos puede a menudo significar privarle también de los derechos políticos y, desde luego, hacer difícil incluso el ejercicio de los mismos derechos civiles. También, conocemos afortunadamente que (no obstante las recientes, gravísimas violaciones de los derechos humanos -sirva de ejemplo el caso de los desaparecidos en Argentina y, en menor medida, en Chile, sin olvidar el genocidio de los Kurdos, entre otros muchos que podrían ser desgraciadamente citados-) la sensibilidad de la opinión pública mundial ha aumentado y cada vez tolera menos las ulteriores violaciones de los derechos de los individuos y de los grupos. Sabemos, igualmente, que las Naciones Unidas han aprobado a lo largo del tiempo una serie de resoluciones para tutelar y ampliar los derechos de las personas, sean estas niños, mujeres, o exilados. En estas resoluciones se encuentra una primera, pero fuerte conexión entre la microdemocracia, la de los derechos de los individuos, y la macrodemocracia, la de un eventual gobierno mundial.

El instrumento de los derechos es una ganzúa que puede hacer saltar los regímenes autoritarios y, al mismo tiempo permite iniciar significativos procesos de democratización y de constatar su progreso real. En torno a la definición precisa y escrupulosa de los derechos, a su claro aumento, a su diligente y cuidadosa protección se forma el núcleo de un proceso de democratización mundial. Obrando de esta manera se amplía el concepto mismo de *ciudadanía*, que no vendrá ya mecánicamente unida al lugar de nacimiento o al pasaporte. Vendrá, por el contrario, unida al lugar en el cual las personas ejercitan su actividad, trabajan o residen.

Esta acepción amplia de la ciudadanía pone inevitable y justamente en crisis la concepción y la misma existencia del Estado-Nación. Al mismo tiempo se opone de forma rotunda a los particularismos nacionalistas, a los furores étnicos y a las revanchas locales que sacuden el mundo actual; incluso en una Europa que ha tenido tiempo y manera de ir más allá del Estado-Nación y más allá de los fenómenos étnicos, con sus connotaciones de exclusivismo, de xenofobia y hasta aún de racismo. Por lo tanto, los derechos de las personas tratan de abrir el camino tanto hacia una posterior democratización de los actuales regímenes políticos como de una democratización de los mismos grupos que desafían a los estados nacionales y multinacionales.

Un segundo aspecto del proceso de expansión de la democracia es el reverso del aspecto anterior. No nace desde abajo, de la experiencia y de las luchas concretas de los individuos: no es micro. Nace desde arriba, de las relaciones diplomáticas, pero también de los conflictos entre los Estados: es específicamente macro. Es el proceso que tiene su punto de apoyo en las organizaciones internacionales que (desde el Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial hasta la UNESCO y las Naciones Unidas) tratan de producir integraciones y armonizaciones parciales de sectores y de políticas. Hasta hace poco tiempo varias de estas organizaciones han sido duramente criticadas por su modo de obrar. Las críticas conservan, no obstante, validez. En efecto, el proceso de democratización tiene también que considerar la distribución del poder político y los modos de decisión de las mismas organizaciones de la macrodemocracia. Sin embargo, o quizás por esto mismo, es innegable que desde algunas de estas organizaciones, (oportunamente reformadas y eficaz e imaginativamente utilizadas) hayan surgido y continúen

surgiendo estímulos al proceso de democratización de las relaciones entre los Estados, entre sus economías, entre sus actividades culturales y entre sus ciudadanos.

De cualquier forma el verdadero problema, y parte de la auténtica solución está constituida hoy por las Naciones Unidas. No es todavía el momento de calibrar si la guerra del Golfo ha acelerado la transformación positiva de las Naciones Unidas. Es posible que si las Naciones Unidas, en particular el Consejo de Seguridad, no hubieran acertado a dar una respuesta eficaz a la agresión Iraquí, cualquier esfuerzo de la policía internacional y cualquier intento posterior de coordinación y de control de las actividades militares hubieran estado llamados al fracaso. Un desafío no muy diferente llevo a la desintegración de la Sociedad de Naciones.

Es pronto para afirmar con fe que las Naciones Unidas posean la potencialidad de transformarse en un verdadero y propio gobierno mundial. ¿Pero si no es la ONU, entonces quién?. Sin embargo, no parece improbable que un intento en este sentido no solo deba manifestarse sino que debe ser facilitado. Se equivoca quien piensa que el sistema internacional haya vuelto a encontrar su orden interior por una potencia nuevamente hegemónica, los Estados Unidos, y que la Paz Americana haya regresado entre nosotros como sucedió en los decenios después de la segunda guerra mundial. Los Estados Unidos de América no tienen y no tendrán ya aquel poder económico que utilizaron de manera positiva y previsoramente en la segunda postguerra. Su gran poder militar es costoso y a corto plazo insostenible, sin una economía sólida. Además la Europa Unida llegará a ser seguramente más fuerte que los Estados Unidos desde el punto de vista económico. En fin parece admisible sugerir que un gobierno mundial deberá nacer sobre la base del consenso libremente expresado y no de la impuesta hegemonía o de la preeminencia de un Estado. Los Estados Unidos de América no pueden pensar ser hegemónicos cuando tienen la posibilidad de garantizarse muchos aliados sobre la base de un consenso amplio y extenso.

Este consenso amplio y extenso podrá ser utilizado además en una organización como las Naciones Unidas. Las Naciones Unidas son la sede del proceso de democratización desde arriba, de una potencial macrodemocracia.

Han sabido resistir, incluso durante el paréntesis de la guerra. Ahora las Naciones Unidas tienen la tarea de reestructurarse con el fin de llevar a cabo una paz justa y un orden internacional estable en el Medio Oriente y, si fuera necesario, fenómeno que no puede excluirse, para estar en condiciones más favorables si tuviera que presentarse otro desafío de carácter militar. Si esta interpretación positiva, pero expectante, fuera correcta es lícito deducir que esto se consigue por las benéficas actuaciones de los procesos democráticos. Desde abajo se extienden los derechos de los ciudadanos de hoy y de mañana (basta pensar en el derecho al medio ambiente); desde lo alto se estructuran las organizaciones que pueden garantizar una paz justa y duradera.

En particular este segundo objetivo es el que parece más ambicioso. Pues, quizás, sin perderlo de vista es posible pensar (y actuar en consecuencia) que con el surgir de un verdadero gobierno mundial se creen campos o áreas en donde se desarrollen (renunciando a la guerra) los procesos de integración, coordinación y colaboración que son la base de la existencia y de la eficacia de los gobiernos locales, pero también de los supranacionales. La Comunidad Económica Europea constituye con todas sus dificultades e inconvenientes uno de estos experimentos. No es difícil imaginar una Comunidad de América del Norte, lo mismo que es admisible una Comunidad de América del Sur. Naturalmente en algunos casos, podrán ser las Naciones Unidas las que estimulen, apoyen o sancionen, positiva o negativamente procesos de este tipo. Téngase presente estos dos objetivos de fondo: no existirá ninguna democracia internacional hasta que los derechos de todos los individuos no sean igualmente protegidos en todos los lugares donde se encuentren o vayan; no existirá ninguna democracia internacional hasta que no se construya un organismo superior con capacidad de intervenir en la protección de tales derechos, hasta que finalmente no existan embriones de gobierno mundial. Por primera vez el mundo puede dar vida simultáneamente a estos procesos y puede alimentarlos y sostenerlos. No es una utopía. Mas sencillamente, es la realización de la perspectiva brillante y lúcida anunciada por Emmanuel Kant. Una justa "paz perpetua" a la sombra de un gobierno mundial encuentra finalmente posibilidades ideales y modalidades concretas de actuación. No es el fin de la política, como conflicto y cooperación, como conjunto de normas y procedimientos para la elección de políticas públicas y como método de premio y castigo de los actores participantes. Antes bien es

un salto de calidad de la democracia. Este salto cualitativo, impensable incluso en tiempos reciente, tiene que ser ahora llenado de contenidos. Esto es esquemáticamente lo que se ha tratado en las reflexiones expuestas. Es preciso conjugar la microdemocracia con la macrodemocracia. Y esto se puede hacer.

*N.R.: Agradecemos al Prof.Dr. Antonio Reverte, Catedrático de Derecho de la Universidad de Murcia, el asesoramiento y consejo en la traducción de este artículo.